

Homilía de Mons. Rafael Zornoza, Obispo de Cádiz y Ceuta en la
fiesta de SAN SERVANDO Y SAN GERMAN patronos de Cádiz.
S. A. I. Catedral de Cádiz, 22 de octubre de 2022.

Queridos amigos sacerdotes, cofrades, consagrados, seminaristas:

Celebramos a nuestros Santos Patronos San Servando y San German. Conocemos bien su vida ejemplar, vivida cristianamente desde su hogar. Hijos de Marcelo y Nonia, de Mérida, que fueron padres de 12 hijos mártires santos (cuyas reliquias se veneran en León, Calahorra, Córdoba, Sevilla, Cádiz y Tánger) fueron violentamente perseguidos en tiempo del emperador Adriano y finalmente martirizados y ejecutados en tiempo de Diocleciano. Son testigos de Cristo, defensores de la verdad de la fe y fuerte ejemplo en la entrega de la vida.

“Cuando la Iglesia, en el ciclo anual, hace memoria de los mártires y los demás santos proclama el misterio pascual cumplido en ellos, que padecieron con Cristo y han sido glorificados con Él, propone a los fieles sus ejemplos que atraen a todos por medio de Cristo al Padre, y por sus méritos implora beneficios divinos” (Catecismo IC). San Juan Pablo II recordaba la vasta geografía martirial, su geografía física (todos los continentes) y la geografía humana (todas las edades, estados de vida, condición social).

Los mártires por Cristo son testigos del amor de Dios: «Un signo perenne, pero hoy particularmente significativo, de la verdad del amor cristiano es la *memoria de los mártires*. Que no se olvide su testimonio. Ellos son los que han anunciado el Evangelio dando su vida por amor. El mártir, sobre todo en nuestros días, es signo de ese amor más grande que compendia cualquier otro valor» (S Juan Pablo II, *Incarnationis mysterium*, n. 13).

Jesús mismo es «el testigo fiel y veraz» (cf. Ap 1, 5), enviado por el Padre al mundo para dar testimonio de la verdad (cf. Jn 18, 37). Debemos convencernos de que precisamente el testimonio coherente y convencido de los creyentes es «el medio como la verdad del amor de Dios llega al hombre en la historia, invitándolo a acoger libremente esta novedad radical» (Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis*, 85).

Desde San Esteban hasta hoy, el mártir es auténtico discípulo de Jesús y un perfecto imitador suyo. Los mártires han sellado su fe con la entrega de su vida, proclamando con su heroico testimonio que Dios se hizo hombre para abrir al hombre el Reino de los Cielos. El martirio cristiano sigue siendo actual. Vivimos aún hoy en un tiempo de mártires, fieles perseguidos por profesar su fe y dar testimonio de Cristo. Así lo confirman los datos que conocemos, que nos hablan de más de ciento sesenta países del mundo donde existe una persecución pública. ¡Profesar la fe cristiana hoy exige el heroísmo de los mártires! ¡Cómo no decir, además, que,

por doquier, incluso donde no hay persecución, para vivir con coherencia el Evangelio hace falta pagar un alto precio!

Su testimonio es hoy como una “guía para perplejos” (cf. Schumacher). La muerte de los mártires sirve para reflexionar sobre las grandes preguntas que se plantea la humanidad como el tiempo, el dolor, la conciencia, la memoria, la libertad, la verdad, el amor, la amistad, la memoria, el silencio, la fe o el arrepentimiento. *“El ser humano ya es perplejo por naturaleza. Te lanzan a esta vida y no sabes, no aprendes y no te cuentan las cosas fundamentales y todos nos equivocamos mil veces en lo fundamental de la vida”*. Así, cosas como enamorarnos, educar a nuestros hijos o soportar el fracaso las tenemos que aprender por nuestra cuenta (cf. Andrés Amorós, Critico de teatro y taurino).

Es notoria la ideología de la cancelación, uno de los fenómenos culturales de nuestros días, que consiste en retirar el apoyo a personas, hechos, acontecimientos o culturas en función de determinados parámetros. Una retirada que puede llegar incluso hasta la negación y el desplazamiento de la opinión pública o el descrédito. Se evita incluso dialogar, discutir las ideas contrarias, despachando cualquier convicción incómoda con el estigma de lo oprobioso, antisocial, antimoderno. Son peligros que entraña la cultura de lo políticamente correcto. Contradictoriamente la cultura de la cancelación del discrepante da lugar a la paradoja de que una sociedad que se presenta a sí misma como plural, inclusiva y tolerante, está llena de discriminación, injusticia, intolerancia y odio. Sorprendentemente se fomenta y permite privar de la vida al no nacido o al anciano, pero se castiga hasta con penas de prisión a los participantes en grupos de información y oración que se reúnen frente los centros en los que se practican abortos. Ya es arriesgado ir contracorriente.

Los santos, sin embargo, nos remiten a la libertad del obrar cristiano y recobran la capacidad de perdonar. En ese dilema entre perdonar o condenar se comprueba que la condenación es una postura diabólica. (Goethe pone en boca de su Mefistófeles que todo lo que existe es culpable y debe desaparecer). Sin embargo los mártires recuperan en su vida el sentido de la virtud, unida a los mandamientos de la ley de Dios. Los paganos antiguos hablaban de virtud, mientras que los judíos y los cristianos hablaban de mandamientos, pero el contenido es el mismo. Se podría volver a escribir el Decálogo como una lista de virtudes. Hoy, sin embargo, se pretende sustituir el concepto de virtud y mandamientos por el de valor.

El concepto de valor tiene el gran inconveniente de suponer que la realidad, en sí misma, no vale nada y que somos nosotros los que le atribuimos un valor. Cuando se habla de valor se presupone que ha habido de antemano una valoración. Esto implica que, en un determinado momento, alguien -no se sabe exactamente quién- ha decidido dar valor a algo, decir que esa cosa costará tanto, lo que en parte es un concepto de origen económico. Este concepto alcanzó su apogeo con Nietzsche, que supo introducir los valores en el mercado de las ideas, a algunas de las cuales las hizo nobles. Sin embargo es la voluntad de poder lo que daría valor

a las cosas. La virtud, hacer la voluntad de Dios siguiendo sus mandamientos, nos sitúa en lo que vale por sí mismo, objetivamente, que está por encima de las decisiones arbitrarias de los hombres, de las ideologías y la política. Solamente así se garantiza vivir un bien universal, capaz de elevarnos a la excelencia en el comportamiento moral personal y social. También así se lleva la plenitud la aspiración a amar con sinceridad, entrega y capacidad de servicio desinteresado.

El mensaje cristiano tiene una dimensión sacrificial: haz el bien a los demás, aunque te perjudique gravemente. La solidaridad moderna está muy bien, pero el cristianismo nos pide más: el amor cristiano no es hacer el bien y ya está, sino –en su expresión máxima– arriesgar la propia vida. Jesucristo aporta dos aspectos radicalmente distintos a los maestros éticos que le precedieron, tanto en Grecia y Roma como en el resto del mundo. Por un lado, cuando habla de amar al prójimo, incluye al enemigo, al extraño, al diferente. Nos dirige a la virtud y nos fortalece para conseguirlo.

Hoy es más necesario que nunca volver a proponer el ejemplo de los mártires cristianos, tanto de la antigüedad como de nuestro tiempo, en cuya vida y en cuyo testimonio, llevado hasta el derramamiento de la sangre, se manifiesta de modo supremo el amor de Dios.

Celebremos, pues, la memoria de San Servando y San German, imitemos su fe incondicional y su testimonio. Que estimulados por su ejemplo vivamos una caridad operante hasta la entrega de la vida.

Que nuestros santos patronos intercedan por todos los gaditanos y renueven nuestro amor a Cristo y que nuestra entrega se convierta en luz del mundo y sal de la tierra para el mundo contemporáneo que busca en su vida el gozo y la plenitud.
AMEN